

Flor y escama

Ana Claudia Martínez



Capítulo 1

El globo aerostático se llevaría por las nubes su angustia y depresión. Nada mejor que estar en el aire, viajando, para que los problemas desaparezcan y así tener la certeza de que ya no te pertenecen, son de ese mundo chiquitito y ajeno que queda a miles de kilómetros de vos. En secreto compró los materiales para construirlo. No le diría de qué se trataba. Para el día de su aniversario lo tendría armado y listo para el despegue. Aunque le llevara todo un año pagarlo, y hacer horas extras en la carpintería de su hermano, valdría la pena.

La sonrisa de Serena le había rescatado del pozo. No podía dejarla ahora que ella estaba atrapada en el musgo de la irritabilidad. Lo que había sido unos días de impaciencia y malhumor se habían convertido en el común de las horas y así cada uno habitaba diferente clima bajo un mismo techo.

- ¿Pero qué haces Renato? ¿Qué onda con ponerte a inventar con aserrín acá en el patio? ¡Pero no se puede creer! Hombre grande... - golpeó la puerta trasera y se fue en medio de insultos y falta de paciencia.

No tuvo oportunidad de mediar explicación. Hacía meses que convivían con estos diálogos monologizados. Ella preguntaba, contestaba – en su mente con las respuestas imaginarias y previstas de Renato – y ponía el punto final para dar la espalda como término de la “conversación”. Se habituó a no responder porque encontró que no era preciso. Si hablaba era para aumentar el enojo. Si se callaba, por lo menos, sabía que el monto de ira no crecía. Se sentía un japonés que ayuda a su novia a mantener a raya el estancado crecimiento de un bonsái.

- ¿Pero, loco, te sigue queriendo? – le preguntó Francisco, su hermano y jefe del taller, pasándole el taladro para dar estabilidad al cesto que los llevaría a recorrer nuevos horizontes.

- Ah, no me preguntes eso, claro que sí. Está enojada y triste. Le pasó algo que no me quiere contar. Pero si me hubiese dejado de querer me habría dicho o yo que se... no estaría acá bancándome, ¿no? – quedó paralizado en medio de un acto como si de ello dependiera conocer una nueva vida o atenerse al malestar previsto de cada día.

- No, te pregunto nomás. Pasa que te endeudaste zarpado para este proyecto. ¿Y si ella no llega a querer irse en el globo? ¿Qué hacés con este armatoste y la deuda? – le clavaba los pies en la tierra al igual que lo hacía con las piolas de cada lado.

- Va a querer. Yo la conozco. Es la misma. La gente no cambia, loco, no cambia. Serena está mal pero con un viajecito se le pasa todo. Yo sé lo que te digo – empezó a guardar las herramientas en la caja dando por culminada la charla.

Tres meses pasaron desde que había comenzado la gran faena de su vida. Ahora sí. Hermoso, galante, sobrehumano, reposaba como un pez globo en el patio. Antes de cerrar la puerta para preparar la cena quedó unos minutos parado, congelado, observando el descomunal tamaño de sus deseos. En esa tela multicolor se reflejaban todas sus esperanzas y

recuerdos: el brillo en los ojos de Serena que le rescataba con la mirada cada vez que él iba a caer en la desidia, el chiste ocurrente para desdramatizar el dolor, los abrazos con alas para evaporarle la tristeza y las caminatas para acompañar esa promesa de una vida nueva y juntos. Se levantó tempranito, mucho antes de que amaneciera, porque quería compartir con ella el nacimiento del sol, ya sobrevolando los aires y con el viento acariciándoles la cara.

La despertó con besos, mimos y el profundo deseo, siempre con el miedo en el otro costado, de que respondiera a su llamado con buen ánimo. A regañadientes Serena se vistió, preparó el mate y salió con Renato al patio.

Quedó impactada por la pequeñez de sí misma ante aquel gigante. Renato ya le había encendido y se expandía la bolsa en todo su esplendor. El fuego iluminaba el pelo revuelto de Renato y con la mirada chispeante, jueguetona, la invitaba a pasar.

- No puedo – con la emoción contenida en la garganta apretó el mate, quemándose con unas gotas que escaparon en el temblor.

- Dale, Serena, dale amor, subí, yo te llevo – le ofrecía la mano desplegada con el corazón abierto, como el niño que comparte un pedazo de torta aunque sea lo poco y máspreciado que tenga en el mundo.

- Perdón... no puedo... - una lágrima larga, interminable, le surcó la mejilla y al llegar a su lengua le trajo el recuerdo del mar, estando de la mano de Renato, su amor. Esa misma que ahora, abierta, le aguardaba para buscar un horizonte esperanzador.

- Lo hice por vos. Sabés que lo hice por vos, ¿no? – con la voz entrecortada le suplicaba que se subiera a las alas que le fabricó para dejar ese patio lleno de vicios, peleas y dolor.

Serena no le contestó. Ya no le salía la voz. Se le había gastado entre tantos insultos, palabras cargadas de ira y resentimiento, pensamientos arremolinados entre la angustia, la desesperanza y esa sensación de que nunca nada es suficiente. De insuficiencia se le llenó la garganta y el corazón.

Tomó una cuchilla que descansaba al lado de la cuerda que sostenía al pez gigante. Como quien libera un pez del anzuelo cortó con rabia y lo soltó.

A partir del siguiente mes, el tercer domingo de cada uno, Serena se engalanaba con su vestidito de flores y volados, el que le había regalado Renato en el primer aniversario – “siempre deberías lucir vestido con flores porque olés a primavera” – y, a la salida del sol, se sentaba al lado del pedazo de cuerda que quedó atado al tronco del naranjo.

El cordón umbilical que liberó al pez que ella ahogaba.

Entre mates calentitos, mientras se lo enlazaba en la cintura, abría, uno por uno, los sobres que Renato enviaba.

En su interior, como un cuidado tesoro, regalaba una flor y una escama.